

PABLO JACOBO
EL CONTRATO



El contrato

Pablo Jacobo

*To those who complete this extraordinary act of magic, there at the
other end of the broken shackles of time.*

El contrato

Tenía un nombre: Celeste Urdain. Una dirección: la Misión de San Lorenzo, distrito 17. Y una transferencia de 40.000 créditos que había aparecido en su cuenta sin aviso previo, como aparecían siempre, junto con un archivo cifrado que contenía la información mínima e indispensable.

El andén desembocaba en una explanada flanqueada por edificios bajos, de construcción en seco. El clima era más bien frío. Caminó cuarenta minutos hasta el hospedaje que había reservado a nombre de un tal Marcos Liotta, técnico agrónomo —la identidad falsa que había elegido para aquella ocasión— y se encerró en su habitación. Desplegó sobre la mesa el plano del distrito 17, un mapa térmico de los movimientos habituales de Celeste Urdain, y las tres fotografías que le habían enviado. Mostraban a una mujer de unos cincuenta años, de cabello oscuro con mechones grises, ojos azules, grandes y atentos. Una cicatriz fina le cruzaba la ceja izquierda.

Estudió la ubicación de la misión, los accesos, las distancias. Al cabo de un rato, ya tenía en su cabeza el borrador de un plan, pero iba a necesitar recabar algo más de información, sólo para estar seguro.

•

A la mañana siguiente, bajó al comedor. La dueña del hospedaje, una mujer corpulenta con delantal floreado y una trenza sobre el hombro, le dejó enfrente una taza de café, sin preguntarle.

—Si querés facturas, quedan de ayer unas de membrillo y de dulce de leche. Las frescas llegan en un rato, te levantás demasiado temprano.

—No, está bien, gracias.

—¿Trabajo o placer? —dijo la mujer. Como siempre que formulaba esa pregunta, se le escapó una sonrisa. Algo le causaba gracia de usar esa frase trillada, que la hacía sentirse el personaje de una película de espías, o algo así.

—Trabajo. Me mandaron a hacer un relevamiento de tierras. Una corporación agrícola.

—¿Marcos, no? Yo soy Nélide. Si volvés después de las tres, va a estar Ovidio, mi hijo. ¿A dónde te mandaron?

Renzo sacó un papel del bolsillo que tenía algo impreso, pero que nada tenía que ver con lo que estaban hablando. Fingió leer.

—Acá dice distrito 17.

—Donde está la misión —confirmó la mujer. —¿Sabés qué quieren hacer?

Renzo se encogió de hombros.

—Ni idea. A mí me pidieron un informe sobre la viabilidad del suelo para cultivo.

—Ojito, que vas a andar cerca de lo de Doña Celeste. Ella me cae bien, me parece buena gente, pero algunos de los que la rodean... no sé si están bien de la cabeza. Mucho fanatismo. Ella no, nada que ver. Una persona práctica, con los pies muy en la tierra. Te diría que hasta cuerda, si no fuera por el temita ese de los milagros.

—¿Milagros?

—Dicen que cura a la gente. No sé, no me consta. Para mí es propaganda, publicidad, o como mierda se diga. Pero hay gente que cree que la mina esa tiene poderes de verdad y se vienen de todos los rincones de la galaxia para que los cure.

—¿Efecto placebo? —aventuró Renzo.

—Seguro que es algo así, no sé. Pero bueno, como te decía... sacás de lado el temita ese de los milagros, y la tipa dice cosas muy interesantes. Parece que esto del cristianismo que ella pregona, hubo un tiempo en el que lo creía todo el mundo. El mensaje en sí, no está mal: amarse los unos a los otros, tratar a los demás como quisieras que te traten, esas cosas. A veces voy a sus reuniones. Les dicen «misas». Hay como un guión que se repite en cada ceremonia, y como una especie de coreografía: estar de pie, sentarse, arrodillarse, tomarse de las manos, besar al que tenés al lado. Suena ridículo, ya lo sé, pero está bueno. Te hace sentir en comunidad. Y las historias que leen, y las reflexiones que comparten, están muy buenas.

—Lo vendés muy bien, me parece que voy a tener que ir —comentó Renzo.

—No comas el pan, si vas. No se puede. Para eso hay que hacer como un curso, o algo así.

Renzo miró a Nélica con el ceño fruncido, sin comprender.

—Sí, no sé. Es complicado. La cuestión es esa: si vas, en la parte de que comen el pan, vos quedate en el molde y no hagas nada.

•

El distrito 17 era un complejo de edificios bajos rodeados de jardines comunitarios y un templo de paredes blancas. La construcción, modesta, estaba coronada por una cruz de madera. Renzo había visto ese símbolo alguna que otra vez. Para él, no significaba nada.

En la oficina de recepción, un hombre joven con anteojos redondos lo atendió.

—Buen día —le dijo Renzo— me presento: soy Marcos Liotta, ingeniero agrónomo. Les quería avisar que voy a estar trabajando en

los terrenos que están acá cerca, yendo para el río. Me contrataron para hacer un informe.

Metió la mano en su morral, como para sacar algo, al tiempo que decía: —Tengo los permisos...

El recepcionista alzó la mano y le indicó por gestos que parara.

—A mí no me tenés que mostrar nada, tranquilo —le dijo. —
¿Querés que te acompañe? —añadió, ya poniéndose de pie.

Renzo se encogió de hombros.

—Si quiere... no quiero molestar.

—Acá está todo demasiado tranquilo, vamos.

El recepcionista —Facundo, según su identificación— lo acompañó por los jardines que rodeaban el templo. Mientras caminaban, Renzo aprovechó a tomar nota mental de las distancias, los puntos ciegos, la ubicación de las cámaras. En un momento les llegó, amortiguado, el lejano eco de una canción religiosa.

—¿Hay misa? —preguntó.

—No, grupo de oración —dijo Facundo. —Algunas veces cantan. Las misas, por ahora, son a la tarde. Celeste a la mañana se ocupa de otras cosas.

—¿Cuánta gente viene?

—¿A las misas? Depende. Los domingos, trescientas, cuatrocientas personas. En las fiestas grandes, más de mil.

—¿Qué regalan? —dijo Renzo, sonriendo.

—Paz —contestó Facundo, serio. —Al menos a mí. Supongo que hay otra gente que encuentra otras cosas.

Siguieron caminando hasta una tranquerita. Facundo la abrió, pero Renzo notó que no tenía ni candado ni nada.

—Supongo que será acá, ¿no? Tenés como doscientos metros más hasta el río... y de ancho, no sé. ¿Quinientos metros? —comentó Facundo.

—Sí, igual no es todo el terreno —dijo Renzo, y señaló hacia el cauce de agua. —Creo que es más bien por ahí, ahora tengo que revisar otra vez los mapas.

Facundo miró hacia el horizonte. Renzo le siguió la mirada. Desde donde estaban ellos, el paisaje parecía el de una llanura vírgen, que se extendía infinita más allá del cauce del río. La ciudad de Nueva Rosario estaba en ese momento a sus espaldas.

—Pensar que nada de esto es natural, ¿no? —comentó Facundo. —Hace doscientos años, cuando llegó la primera misión de exploración desde la Tierra, esta parte del planeta era un desierto.

Suspiró. Después, le dio una palmada suave en el hombro a Renzo.

—En fin, todo tuyo, campeón. Cualquier cosa, nos avisás. Si querés darte una vuelta tipo once, por lo general a esa hora nos tomamos unos mates.

Renzo ignoró la invitación. Quería aprovechar que Facundo había bajado un poco la guardia. Le preguntó:

—¿Es verdad todo lo que dicen? De los milagros, y esas cosas.

El recepcionista de la Misión de San Lorenzo resopló, fastidiado.

—La gente exagera mucho. Hay de todo. Hay gente que seguramente ni estaba enferma, pero se habían convencido a ellos mismos de otra cosa. Gente que, capaz, sólo necesitaba un poco de aliento para ponerse las pilas y seguir al pie de la letra algún que otro tratamiento, o algún consejo de los médicos. Celeste no es ninguna curandera, ni milagrera, ni nada. Es una persona que supo encontrar el valor en enseñanzas que hacía mucho tiempo que habían sido olvidadas, y nada más.

Hizo una pausa. Luego agregó:

—Venite cerca de las once y te la presento. Vas a ver que no es ninguna loca, y que tampoco es mágica. Es como vos y como yo, sólo que más inteligente.

—Está bien, si termino un par de cosas para esa hora, paso —dijo Renzo.

—Dale. Cualquier cosa, ya sabés. Estoy acá, a unos cien pasitos de distancia.

—Doscientos dieciséis —dijo Renzo, con seguridad. Después, agregó, como para disimular: —Más o menos.

Antes de que Facundo pudiera agregar nada más, Renzo se alejó caminando entre el pasto crecido y el barro. El recepcionista lo observó alejarse y notó que llevaba un calzado común, en vez de unas buenas botas de trabajo.

Sólo por curiosidad, contó los pasos que dio para volver a su escritorio.

La cuenta le dio exacta: doscientos dieciséis.

•

A las once, Renzo volvió a asomarse por el templo. En la recepción no había nadie. Aplaudió, tímidamente, y le respondió la voz de Facundo:

—Estamos acá.

Avanzó y descubrió un pequeño cuartito, contiguo a la recepción. Había tres personas sentadas allí alrededor de una pequeña mesa: estaba Facundo, una mujer que no reconoció, de unos cuarenta años, y Celeste. Se la había imaginado más alta.

—Vení, sentate —le dijo Facundo.

Ocupó una silla que estaba vacía. Le ofrecieron un mate, pero declinó con respeto.

—No, perdón. Estoy con un poco de acidez —mintió.

Celeste lo miraba, en silencio. Finalmente, le preguntó:

—¿Tenés idea de qué piensan hacer? ¿Para qué es el informe que te pidieron?

Las palabras tenían una espesa capa de amabilidad que las cubrían, pero en el fondo eran filosas como bisturíes. Renzo supo que estaba ante alguien con mucha convicción y personalidad, a pesar de su aspecto inofensivo.

—Algún cultivo. Nada de lo que se tengan que preocupar, seguramente —volvió a mentir.

—Mañana voy a hablar con Juárez, a ver qué es lo que autorizaron —comentó Celeste, ya más relajada.

—¿Juárez? —preguntó Renzo.

—El intendente —aclaró Facundo. —Es parte de la congregación.

Renzo llegó a la inevitable conclusión de que Celeste Urdaín tenía que morir esa misma noche, antes de hablar con ese tal Juárez. De otra forma, iba a quedar expuesto.

—¿A qué hora es la misa? —preguntó, como para cambiar el tema. —Me contaron algunas cosas, y pensé en venir... si se puede.

—Se puede —dijo Facundo. —Son a las 19, todos los días.

—La entrada es libre y gratuita —añadió Celeste. —Puede venir el que quiera, lo único que pedimos es respeto.

—Sí, claro —dijo Renzo. Después agregó: —Yo me había imaginado que las misas eran sólo para los que viven acá, en la misión.

Facundo negó con la cabeza.

—Para nada. Es más: hay gente que vive en la misión, que trabaja con nosotros, pero que no comparte nuestra fe, ni participa de las reuniones. Acá es todo voluntario.

—¿Y cómo se sostiene todo esto? Económicamente, digo.

Celeste miró a la mujer sentada junto a ella, que hasta entonces no había dicho una palabra.

—De eso se ocupa Lara —dijo.

—Es nuestra contadora —aclaró Facundo.

—La fuente de financiamiento principal, son las donaciones —dijo la aludida. —Recaudamos unos seis mil créditos por día. También ayuda que la misión está exenta de pagar cualquier tipo de impuestos, por ser una asociación civil sin fines de lucro. Hay mucha gente que, en vez de dinero, dona mercadería, lo que ayuda también a reducir los costos. Casi todos los que trabajamos y vivimos acá tenemos costumbres muy austeras. Si bien cobramos un sueldo, por lo general nos sobra la plata a fin de mes, y donamos lo que podemos.

—¿Y quién les paga esos sueldos? —preguntó Renzo.

—El municipio —dijo Lara.

La conversación se murió allí. Luego de un incómodo silencio, Facundo se puso de pie.

—Bueno, voy a seguir con lo mío. Marcos, cualquier cosa... estoy a disposición.

—Gracias —dijo Renzo.

Lara también se fue, sin decir nada. Celeste y Renzo se quedaron solos, sentados uno frente a otro.

—A penny for your thoughts —dijo ella.

—¿Curás a la gente? —preguntó Renzo.

—No. A lo sumo, las cura el amor de Dios.

—¿Dios?

—Sí, Dios. Nuestro creador.

—Un ser invisible y omnipotente, que está en todas partes al mismo tiempo y lo sabe todo. ¿De verdad creen en algo así?

—Lo que creamos nosotros no importa. Lo que importa es qué crees vos —le dijo Celeste mirándolo a los ojos.

Era la mirada de un depredador.

—Creo que se me hizo tarde —dijo Renzo, y se fue.

•

Llegó con la misa empezada, y tuvo la intención de quedarse en el fondo, confundido entre quienes no habían conseguido asiento y participaban del evento de pie, pero Facundo lo vio y fue a buscarlo. Sin decirle nada, lo acompañó hasta la segunda fila. Le habían guardado un lugar, entre el de él y el de Lara.

La celebración se desarrolló con mundana normalidad, hasta el momento de la consagración del pan. Fue allí cuando Renzo notó lo profundamente emocionada que estaba Lara. Ella y Facundo participaron de la comunión. Después, hubo un momento de silencio reverencial del que participó todo el mundo.

Luego, Lara abandonó su asiento y fue a arrodillarse frente al sagrario en donde habían quedado guardadas las ostias consagradas que no se utilizaron en la ceremonia. Renzo comprendió que la mujer estaba absolutamente convencida de estar postrada a los pies de su dios, de una deidad todopoderosa y omnipresente, cuyo amor infinito era la razón única de toda la existencia.

Lara cantó, a capella. Más tarde Renzo supo que aquella sencilla canción estaba inspirada en el Salmo 17. Era un canto de devoción, de agradecimiento, de súplica. La hermosura de su voz hizo que casi toda la congregación terminara con lágrimas en los ojos.

Renzo observó a Celeste y comprobó que, al menos en ese momento, ella lloraba emocionada, como una parroquiana más.

•

Un rato más tarde, desde su habitación, activó el canal cifrado. La silueta de su contacto apareció en la pantalla: sin rostro y con la voz distorsionada. Renzo sospechaba que ni siquiera se trataba de una persona real tratando de ocultar su verdadera apariencia, sino que aquello era sólo el avatar de alguna inteligencia artificial.

—Necesito más información sobre el objetivo —dijo Renzo.

—Tenés toda la que necesitás.

—No. Necesito saber quién contrató el trabajo. Y por qué.

Un silencio largo. ¿Real? ¿Era una persona que estaba pensando cómo hablarle a él del mejor modo? ¿O la consecuencia de una programación bien cuidada?

—Conocé las reglas, Renzo. Esa pregunta no se hace —escuchó finalmente.

—Necesito contexto operativo.

La voz bajó un registro.

—No vas a tener más información que la que tenés. O completás el contrato, o devolvés la plata y te arriesgás a que, en horas, se emita otro contrato, pero a tu nombre.

Renzo cortó la comunicación sin despedirse. Se quedó sentado en el borde de la cama, mirando la pantalla apagada. Desde algún lugar lejano, le llegaba el murmullo de un partido de fútbol. Cuando las voces se acallaron, sacó del cajón su arma y salió a confundirse entre las sombras de la noche.

•

Caminó hasta la Misión. Entró por la puerta lateral del templo, que estaba sin llave. El lugar tenía alarma, pero no estaba activada. Todo

estaba en silencio. Avanzó por la nave central, entre los bancos vacíos. Pasó frente al sagrario con indiferencia. Cruzó la sacristía y accedió a la parte trasera del edificio. La oficina de Urdain estaba al fondo. Una línea de luz se filtraba por debajo de la puerta.

Sacó el arma. Empujó la puerta.

Celeste Urdain estaba sentada detrás de su escritorio. No levantó la vista.

—Cerrá la puerta, Renzo —le dijo.

Él lo hizo. No bajó el arma.

—Sabés mi nombre.

—Sé todo de vos. —Celeste levantó la vista. Su mirada, nuevamente, era dura como el acero. Despiadada. —Sé que sos el mejor. Sé que en los últimos doce años completaste cuarenta y un contratos sin un solo error. Y sé que el contrato que te trajo acá, lo emití yo.

Renzo no dijo nada.

—Nada personal, era una confrontación inevitable — dijo Celeste, reclinándose en la silla. —Era sólo cuestión de tiempo. Esta operación está destinada a crecer y extenderse por toda la galaxia. Tarde o temprano, a alguien eso le va a molestar y, tarde o temprano, alguien va a pensar que contratar tus servicios pueden ser la solución. Simplemente decidí cortar el problema de raíz.

Renzo percibió un brillo metálico cerca de las manos de Urdain y comprendió tarde que ella estaba armada. El disparo lo alcanzó en pleno pecho y lo arrojó hacia atrás. No hubo otro ruido más que el golpe del proyectil contra su pecho. Un revólver magnético, o algo similar, pensó Renzo. Algún tipo de arma completamente silenciosa.

Escuchó cómo Celeste se acercaba y esperó. Tenía que aguardar a que ella estuviera a su alcance, pero también sorprenderla antes de

que la mujer notara que no había sangre y que él no estaba herido. En el instante preciso, se movió con la agilidad propia de un depredador primitivo: primero le barrió una pierna y luego se subió encima de ella, inmovilizándola con el peso de su cuerpo.

Celeste Urdain lo miró perpleja. Luego, su cara se iluminó de comprensión.

—Un puto andro... —llegó a decir, justo antes de que Renzo le quebrara el cuello con un movimiento seco, de fuerza sobrehumana.

•

Una hora más tarde, Renzo esperaba en el andén. Desde allí, su consciencia se conectó a uno de los satélites de la red de datos — equivalente, en ese planeta, a Internet en la Tierra— y, luego, consultó el balance de la cuenta bancaria.

Comprobó que los 40.000 créditos que Urdain había tenido que depositar como garantía de su propio contrato se habían transferido. Pero, también, que había un nuevo depósito: esta vez de 60.000.

«Uno de los grandes», pensó. «Veamos quien es».

Mientras que la gente que transitaba a su alrededor sólo percibía a un hombre de mediana edad con la mirada perdida, su cerebro artificial procesaba la información a una velocidad imposible. Consultó el archivo cifrado y supo que su próximo objetivo era un político de la Tierra.

Se encaminó al elevador orbital más cercano, al tiempo que se preguntaba cuánto habría cambiado el mundo natal de la humanidad en esos más de cuatro siglos que hacía que él no la visitaba.

Sobre el autor



Hay, por las pampas argentinas, en una ciudad que cuelga al borde del mar, un hombre al que le encanta contar historias. Algunas son ingenuas e inocentes como los sueños de un enamorado; otras, tienen esa cualidad terrorífica que caracteriza incluso a las peores pesadillas; las más, son historias nacidas del raciocinio y el análisis objetivo de un problema narrativo concreto. Es que, como sus personajes, este hombre es a la vez muchos hombres; un reflejo acrisolado de su contexto: su familia, sus amigos que partieron hace tiempo, su ciudad con alma de pueblo y su país de alma vaga e incumplidos delirios de grandeza. De él sólo podemos decir esto: quizás el hombre no sepa cómo realizar las tareas más mundanas, o cuál es la diferencia entre un cumplido y una declaración de amor encubierta; pero, lo que sí es seguro, es que siempre tendrá por allí alguna historia nueva que contar. Es que, para él, contar historias es casi tan fácil como caminar. Casi como si, en el

intrincado e incomprensible laberinto de sus sendas mentales, ambas cosas fueran prácticamente lo mismo.

Pablo Jacobo es escritor. Nació en el año 1983, apenas unos meses antes de que Alfonsín se sentara en el sillón de Rivadavia. Es oriundo de Mar del Plata, Argentina. Ha escrito infinidad de cuentos cortos, muchos de los cuales aún esperan que los saquen de un cajón y puedan ver la luz.

Se formó como director de cine, estuvo al frente del MARFICI (el Festival Internacional de Cine Independiente de Mar del Plata) y fue Director General en la Secretaría de Cultura del Partido de General Pueyrredón.

Recientemente, su relato breve titulado «El Mate» fue seleccionado como uno de los cuentos finalistas del concurso Con Cierta Memoria 2.

Encuentra más de estas historias en rakont.com